

REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS

BOLETÍN

AÑO DE 1894.

Madrid 20 de Febrero.

Núm. 5.º

EL ARTE INDUSTRIAL EN ESPAÑA

(Conclusión.)

Hay además otras Escuelas de Artes y Oficios en San Sebastián, Valencia, Ferrol, Mataró, Santander, Gracia, Sevilla, Segovia, Vitoria, Avila, Córdoba, Bermeo, Pamplona, Tarragona y Vigo. Por las memorias que hemos visto de algunas de ellas, y el conocimiento que tenemos de la última citada, se deduce que en casi todas la enseñanza es incompleta por falta de personal y de material, y en muchas partes, como Vigo, hasta de local, pues hay que cerrar la matrícula sin poder admitir todos los que solicitan asistir á la clase de dibujo y aun en algunas orales.

Con tan escasos elementos, no es de extrañar que el número total de alumnos, tanto en las escuelas oficiales como en las libres, no exceda de 20.000, según los cálculos del Sr. Alzola, que tenemos por exactos. Aun cuando son dignos de elogio los esfuerzos hechos por algunas Diputaciones y Ayuntamientos, falta mucho para que sea general el interés que despierta la educación de la clase obrera, y por lo tanto ha de pasar largo tiempo antes de que podamos tener la enseñanza primaria y la artístico-industrial al nivel que

se halla en todos los demás países de Europa.

En el capítulo VI de la obra del señor Alzola se demuestra de un modo evidente que la enseñanza, como está organizada en la actualidad, solo sirve para aumentar el desequilibrio que existe entre el número de los que se dedican á las carreras llamadas literarias y los que estudian para Ingenieros de las diversas clases; y si á esto se agrega que no hay personal verdaderamente apto entre el Ingeniero y el obrero, y tenemos en cuenta la casi imposibilidad de que éste reciba una mediana educación técnica, tendremos perfectamente explicado nuestro atraso industrial.

En la cuarta parte pasa revista el Sr. Alzola á las Industrias artísticas de España, y á pesar de su buen deseo no puede menos de reconocer que nuestra producción es muy pobre en cantidad, y en general de poco mérito en cuanto á la calidad, ya en lo que se refiere á los procedimientos industriales, ya en lo que atañe á la forma y colorido; es decir, que tenemos una evidente inferioridad, tanto en la parte técnica como en la estética. El remedio de tan grave mal no creemos, como el Sr. Alzola, que pueda encontrarse en una exagerada protección, porque la subida del arancel no hará que desaparezca nuestra ignorancia y nuestro atraso en to-

das las esferas. Hemos visto que el mal es grande, tiene su origen en lo incompleto y defectuoso de la enseñanza primaria, agravándose por igual ó mayor abandono en los demás grados, y cuando un país no tiene ni obreros, ni capaces, ni maestros comparables á sus similares de las demás naciones, ¿cómo es posible que la industria no sea una cosa exótica, que solo por rara combinación de circunstancias especiales y en casos aislados producirá algo que pueda ponerse al nivel de lo hecho en otras partes?

Educar, educar y educar, debe ser la divisa de los que aspiramos á la regeneración de España en todos los órdenes, y el industrial no puede ser excepción á esta regla general; todo lo que no sea marchar por ese camino, podrá dar algún resultado parcial y efímero, pero no sentar la base del renacimiento nacional, necesario en la esfera científica, lo mismo que en la artística y en la industrial. Hay una protección que no es la del Arancel y que consideramos más eficaz que ésta, y es la que resulta del interés de las clases ricas por los objetos de arte nacionales; pero en España, lejos de apreciar lo que tenemos, la moda está en adquirir la última novedad extranjera, aunque sea extravagante y fea. Es evidente que solo un bien entendido patriotismo y bastante mayor cultura, corregirá esta mala tendencia de los que tienen dinero, pero no discernimiento para apreciar lo que puede haber de bello en la multitud de objetos que la fiebre de la producción moderna y los caprichos de la moda arrojan al mercado todos los años.

Lo que sí debiera evitarse es que las oficinas públicas estuvieran llenas de

objetos de lujo, de procedencia extranjera, en los cuales no es posible hallar, las más veces, ni utilidad ni buen gusto, lo cual se comprende fácilmente, porque se han comprado por quien no había de pagarlos, tal vez solo por hacer un favor al vendedor, que encuentra medio de dar salida á objetos que de otro modo se quedarían en el almacén.

Estas dos formas de protección las creemos más eficaces que la del Arancel, que es de resultados más seguros para producir el aumento del contrabando que el de la industria nacional.

Termina el Sr. Alzola su notable libro con un Apéndice dedicado á la estética de las obras públicas, á las cuales aplica los buenos principios que le han servido de base en todo su trabajo. Después de citar, con inmerecido elogio, un ensayo que hicimos hace años (1881), titulado: «Relaciones entre el Arte y la Industria,» refuta alguno de los principios que en él sentábamos como demasiado absoluto. Con los principios sucede siempre lo propio; en las aplicaciones hay necesidad á veces de modificarlos por circunstancias económicas ó de otro género, y en este sentido puede parecer algo radical nuestra afirmación de que no conocíamos ningún proyecto de puente que fuese un portento científico y al mismo tiempo feo. La verdad es que ni en las obras que hemos visto ni en aquellas de que solo tenemos noticia por los planos, hemos observado esa contradicción entre los principios científicos y los estéticos. Lo que sucede es, que para apreciar la belleza de un puente, de una máquina ó de un buque, no puede en ningún caso prescindirse de las condiciones que debe llenar como construc-

ción, y de aquí que sea preciso saber ver.

El *Camania* y el *Royal Sovereign* tienen su belleza especial, no pequeña; pero sería absurdo buscarla en las proporciones del antiguo clipper, que en su género era también bello. Lo mismo sucede con la Torre Eiffel, que cita el Sr. Alzola como ejemplo de construcción sujeta á los principios científicos y que no satisface á la estética. Es cierto que contra el proyecto levantaron ruidosa protesta una porción de escritores, pintores y algún arquitecto, y en ella hasta afirmaban que si llegaba á levantarse sería una verdadera deshonra de París, que con razón, según ellos, era la capital del buen gusto. En primer lugar, debo notarse que la mayor parte de los que protestaron no tienen la cultura científica necesaria para juzgar de la armonía entre la forma y la función de las piezas de una construcción metálica. En segundo, debe hacerse también constar que á *posteriori* no se han atrevido á sostener lo que con tanta ligereza afirmaron á *priori*; y la Torre de Eiffel, no solo ha merecido el elogio (como obra bella) de todos los ingenieros y personas competentes, sino que la moda ha usado y aun abusado de ella para reproducirla en multitud de objetos, en algunos de los cuales no era de aplicación muy apropiada, lo cual prueba que el éxito ha sido universal. Y no se crea por esto que la consideramos perfecta en cuanto á la forma, ni mucho menos en los detalles; pero nadie que sepa ver negará que hay grandeza y valentía en las líneas generales, sobre todo de los dos tercios superiores, es decir, precisamente aquellos en que la construcción muestra más armonía entre las líneas adoptadas y la cur-

va que teóricamente debe darse para resistir á los esfuerzos del viento, que son los que en primer término se han tenido en cuenta para determinar el perfil general en la Torre. Este ejemplo elegido por el Sr. Alzola, más propio que para refutar nuestra tesis, es para demostrar el escaso conocimiento que de las leyes de la estética, aplicada á las construcciones, tienen, no ya la mayoría de las gentes llamadas cultas, sino las que figuran en primer término en la literatura y en las artes de un pueblo tan adelantado como París, que aspira nada menos que á la capitalidad artística del mundo. Y si esto sucede en Francia y en París, ¿qué acontecerá en España? Aquí la ignorancia es tan absoluta en materia de estética aplicada á la industria, que la mayoría ni idea tienen de que semejante estudio pueda ser necesario ni útil para perfeccionar la producción. Aun los escritores más distinguidos muestran el mismo desconocimiento en estas materias, y persona de tanto talento y tanta cultura como la Sra. Pardo Bazán, que elogia como merece el libro del Sr. Alzola, afirma rotundamente que *el fenómeno de la decadencia del arte industrial en cuanto á bel'eza es europeo*.

Primeramente hay que rectificar el error de la Sra. Pardo Bazán, que se figura que el arte industrial se limita á la producción de vidrio, loza, porcelana, muebles, cueros, encajes y chucherías de mejor ó peor gusto. Esto pudo ser cierto en pasados tiempos, cuando no había medios ni idea para hacer cosas de mayor empeño; pero hoy el arte industrial abraza todo el ancho campo de las aplicaciones de la estética á la construcción de puentes, caminos de hierro, máquinas, buques, etc., etc., y solo las

obras metálicas tienen tal variedad y riqueza de formas, y se han hecho algunas tan bellas, además de tener dimensiones tan colosales, que todo lo que existe de los pasados siglos es verdaderamente mezquino á su lado.

Debe tenerse en cuenta que somos sinceros admiradores de la belleza de todos tiempos, y que lo mismo apreciamos lo que hay de bueno, ya se halle en la mísera capilla de Santa Cristina de Sena ó en la esbelta catedral de León; en la mezquita de Córdoba ó en la Alhambra de Granada; lo mismo bajo las grandiosas naves de Santa Sofía de Constantinopla, que de San Pedro en Roma; admiramos de igual modo, aunque en grados distintos, el Parthenon y el Coliseo, el Arco de Trajano y el acueducto de Segovia. Pero la sincera admiración que nos inspiran las construcciones de los pasados tiempos, en nada disminuye la que sentimos por las obras contemporáneas, y no somos de los que creen que todo lo viejo es bueno, solo por el hecho de contar muchos años ó algunos siglos. Tiene lo viejo un valor inestimable, como documento histórico, y esto es independiente de los quilates que alcance como obra bella; el error suele consistir en sumar estos dos elementos cuando en realidad deben considerarse bajo puntos de vista enteramente distintos. Unicamente en los frisos y frontis del Parthenon, la escultura como auxiliar de la arquitectura, ha llegado á un grado de perfección que no ha vuelto á conseguirse, y en este caso el valor histórico y el mérito artístico llegan al máximo; pero no creemos que exista otro ejemplo, y en general sucede lo que indicamos antes, y el sumar cantidades heterogéneas da resultados tan

inexactos en estética como en aritmética.

El arte industrial aplicado á la construcción jamás ha producido obras tan grandiosas y tan bellas como en el siglo actual: esta verdad reviste caracteres de axioma para todos los que tienen cultura suficiente en estas materias, y no puede demostrarse á los que carecen de ella, porque es como hablar de colores á un ciego. Aun considerando solo el arte industrial en el sentido más limitado y generalmente conocido, no es exacta la afirmación de que esté en decadencia en la época presente.—Nada más inexacto que la afirmación de la Sra. Pardo Bazán respecto á inferioridad de la cerámica moderna, comparada con la del siglo pasado, por ejemplo, y aun con la de fechas más remotas, aun limitada á lo que ella llama zarandajas propias de cristalería y estante. Si en vez de limitarse en la Exposición de 1889 á establecer el paralelo con la cerámica inglesa lo hubiese hecho en la sajona, y con la francesa, desprovista de toda idea preconcebida y prescindiendo del valor que acaso inconscientemente se concede á todo lo viejo, habría sacado muy distintas conclusiones, porque la superioridad como producto industrial es indiscutible, y en cuanto á formas hay mucha mayor variedad y riqueza, y si bien no siempre, ni las más veces, se obtienen verdaderamente bellas, lo propio acontece con los objetos de los pasados tiempos.

Hemos observado repetidamente con qué desdén dicen los coleccionistas *es moderno*; esta especie de San Benito ya les quita todo deseo de analizar el objeto como obra artística, y si obligados por cualquier circunstancia tienen que clasificarla, no dejan nunca á un

lado la consideración del tiempo para apreciar únicamente su valor estético. A esto se añade la general tendencia á considerar como mejor lo más raro y costoso, y como ambas circunstancias se unen en los objetos antiguos por el solo hecho de no poderse obtener sino muy pocos, tal vez ninguno, de igual fecha, de aquí que sea corriente dar como medida de su mérito artístico su valor comercial. Para hacerse cargo de lo exacto de esta observación, basta recordar lo que ha sucedido con imitaciones perfectamente hechas, que se han cotizado á precios fabulosos, mientras se creyó que eran originales antiguos, y que han descendido hasta valer menos que los productos contemporáneos, desde el momento en que se descubrió la falsificación. No se comprende, por otra parte, que siendo mucho mayor la cultura, y habiéndose extendido extraordinariamente al estudio de las artes y del dibujo, entre los industriales y los obreros haya esa pretendida inferioridad en los productos de la industria moderna, que tiene medios más perfectos para modificar la materia y cabezas más ilustradas para sacar partido de las enseñanzas de la historia y de los elementos nuevos de la época presente.

La decadencia del arte industrial en España es evidente, porque hemos perdido casi todo lo poco antiguo que nos distinguía y no hemos entrado todavía en la gran corriente del progreso moderno. Esto es lo cierto, sin atenuaciones injustificables. La misma triste conclusión se deduce del completo estudio que el Sr. Alzola ha hecho de esta importante parte del problema de la educación nacional, y en lo que estamos completamente de acuerdo con la seño-

ra Pardo Bazán es en la necesidad de que trabajos como el del Sr. Alzola llamen la atención del público y ejerzan la influencia á que tienen derecho por el mérito de la obra y la importancia del asunto. Esto no es de esperar, dada la indiferencia de la opinión por este género de estudios; pero nuestro compañero puede sentir la satisfacción de haber hecho un buen libro y una buena obra. ¡Ojalá tenga imitadores y discípulos!

Vigo 8 de Junio de 1892.

FRANCISCO GARCÍA ARENAL.

Hemos recibido una circular firmada por todos los Ingenieros, Aspirantes y Alumnos aprobados residentes en Valencia, declarándose contrarios á la variación del sistema de ascensos por rigurosa antigüedad.

Respecto á los sistemas basados en la elección, el concurso ó la oposición, consignan que, «cualquiera de estos sistemas, cuya bondad teórica podría ser tema de discusión si se tratase de organizar un nuevo ramo de la Administración pública, es completamente inaceptable respecto de nuestro Cuerpo, cuyo prestigio y respetabilidad son debidos, en primer término, al espíritu de compañerismo y de verdadera subordinación, fundada en la tranquilidad de ánimo que la rigurosa antigüedad lleva á todos, de que la superioridad gerárquica no es